

Jesús T. Acevedo, primera baja ateneísta

ESTHER MARTÍNEZ LUNA

Al hablar de la revista *Savia Moderna*, de la Sociedad de Conferencias o del Ateneo de la Juventud, es frecuente oír el nombre de Jesús Tito Acevedo. El joven arquitecto sobresale entre sus contemporáneos, a pesar de que no llegó a ser una gran figura en su disciplina o un escritor que nos legara una obra notable: su importancia radicó en el papel de promotor y agitador cultural que desempeñó al lado de sus colegas ateneístas.

Poco se conoce acerca de su corta vida; de hecho, sólo hemos logrado formarnos un juicio aproximado a partir de las opiniones de sus contemporáneos, como Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña y el también arquitecto Federico Mariscal. Todos coinciden en que Acevedo poseía un gran talento, que era un gran conversador y que perteneció al género de escritores que no escriben. En el directorio de *Savia Moderna* aparece su crédito como colaborador y redactor; sin embargo, no llegó a publicar ningún artículo en sus páginas. Los únicos textos que conocemos de él son sus conferencias, reunidas póstumamente en un libro con el título de *Disertaciones de un arquitecto* (1920), cuyo emotivo prólogo fue redactado por Federico Mariscal.

Por lo que más se recuerda a Jesús Tito Acevedo es por haber sido el creador de la Sociedad de Conferencias, cuando éstas, como señala Pedro Henríquez Ureña, no existían aún en México. Su idea de las conferencias surgió en una de las tantas noches en que los futuros ateneístas se reunían en su estudio para hablar, discutir o leer a los clásicos griegos; en virtud de que la revista *Savia Moderna* había desaparecido, por el viaje a Europa de su director, Alfonso Cravioto, las conferencias resultaron ser una manera de evitar la dispersión de los miembros del grupo.

Como sabemos, la primera serie de conferencias se llevó a cabo a mediados de 1907 en el casino de Santa María la Ribera. En ellas el propio Acevedo participó, en el quinto turno, con “Apariencias arquitectónicas” (conferencia que, cabe señalar, el investigador Juan Hernández Luna y los periódicos de la época anunciaron como “El porvenir de nuestra arquitectura”). En ese entonces Acevedo tenía 25 años y, a decir de Rojas Garcidueñas, era un joven “con grandes y bellos ideales que derrochaba optimismo”.

En 1908 Acevedo organiza y participa, junto con Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y algunos miembros más del Ateneo, en la manifestación del 22 de marzo efectuada en desagravio de Gabino Barreda, cuyo detonante radicó en las críticas a la educación positivista hechas por Francisco Vázquez Gómez. Ese mismo año también firma una carta petitoria dirigida al general Bernardo Reyes (junto con Alfonso Reyes, Antonio Caso, Max y Pedro Henríquez Ureña) para publicar el *Ariel* de Rodó. Una más de sus participaciones en la cultura nacional fue la defensa de José Santos Chocano, a quien se quería expulsar del país en 1913 —acusado de pretender conspirar contra el gobierno—, ocasión en que Acevedo, junto con Julio Torri, encabezó la firma del texto en defensa del poeta peruano.

Entre las opiniones de contemporáneos suyos de las que tenemos conocimiento y que ayudan a perfilar la personalidad de Acevedo, quizá la que nos muestra a un hombre más real es la de Pedro Henríquez Ureña, quien lo encontraba “inteligente, escéptico, y amoral, producto de la famosa clase media o de la pobre de México”. Pero el dominicano opinaba lo mismo de otros de sus compañeros, como Antonio Caso y Alfonso Reyes, a quienes en sus pontificaciones les

decía que, por pereza y falta de resistencia moral, desperdiciaban lo que tenían. Les reprochaba no trabajar ni la mitad de lo que podían hacerlo, mientras que él se esforzaba por no desperdiciar ni un momento de su "juventud". Otra era la opinión que de Acevedo tenía su discípulo Mariscal, quien afirmaba que Acevedo "edificó muy poco y fue sin embargo notable arquitecto; escribió muy poco también y fue un literato distinguido". Mariscal nos informa en el mencionado prólogo que Acevedo tenía un espíritu rebelde, enérgico y a veces extravagante; que, cuando estudiante, fue el primero de la clase... En fin, Mariscal le encuentra más virtudes que desaciertos y nos da a entender que si no sobresalió aún más fue por el poco tiempo que vivió.

El verdadero representante y promotor de Acevedo fue el abogado Ricardo Gómez Robelo, quien siempre hizo grandes elogios de él y lo incorporó al círculo de sus amigos.

Antes de su partida a Madrid, después de casarse y dejar su puesto en la Dirección de Correos, Acevedo trabajó como profesor tanto en las escuelas oficiales nocturnas para obreros, enseñando dibujo, como en la Escuela Nacional Preparatoria, impartiendo historia del arte; se dice que su influencia entre los jóvenes, durante el periodo de 1907 a 1914, fue destacable, tanto en el campo artístico como en el literario y cultural. A él se debe también la difusión de las ideas arquitectónicas del francés E. Bernard y el impulso a los estudios de la tradición colonial mexicana. Jesús Tito Acevedo, al terminar su carrera de arquitecto, participó y, según afirma Federico Mariscal, ganó un par de concursos públicos: la construcción de la Escuela Normal de Maestros y el Monumento a Juárez.¹

De la correspondencia que Jesús Tito Acevedo escribió entre 1908 y 1917 a Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña, algunas cartas fueron publicadas más tarde en la revista *Contemporáneos*.² Dicha edición presenta algunas variantes con respecto a los originales que constituyen el expediente Reyes-Acevedo de los archivos de la Capilla Alfonsina; las variantes seguramente se debieron a la esporádica falta de claridad de los manuscritos; esa edición presenta también algunos saltos o pequeñas omisiones y, pese a que en el título

lo nos ofrecen diez cartas de Acevedo, en realidad aparecen sólo nueve. Sin embargo, *Contemporáneos* publicó una carta que no está en el acervo del archivo Reyes: la fechada en París el 9 de abril de 1910, dirigida a Pedro Henríquez Ureña.³

Un error más que se aprecia en la información presentada en *Contemporáneos* es el lugar y fecha de muerte de Jesús T. Acevedo, ya que la ubica en Madrid en 1917, cuando en realidad ocurrió en Pocatello, Idaho, en 1918. Acevedo moría y, en contraste, ese mismo año, Reyes daba a prensa su importante libro *El plano oblicuo*. *Contemporáneos* publicó las cartas de Acevedo, al parecer, sin ningún pretexto aparente, como algún aniversario, homenaje o motivo parecido. Y, puesto que en el archivo Reyes encontramos tanto las cartas dirigidas al regiomontano como las destinadas a Pedro Henríquez Ureña, no es descabellado pensar que el primero las reunió y entregó a *Contemporáneos* para su publicación.

Entrando en materia

Las cartas de un personaje suelen enriquecer la visión que tenemos de él o del periodo histórico en que vivió, y la correspondencia de Reyes y Pedro Henríquez Ureña con Acevedo no es la excepción. En la primera carta, percibimos a un Acevedo capaz de contar a Reyes sus males del corazón (a pesar de ser éste menor en edad), a la vez que le informa sobre la manifestación organizada en favor de Barrera; así, las preocupaciones personales se funden con las intelectuales.

La siguiente carta (marzo de 1909) continúa en el mismo tenor de compaginar actividades de trabajo con cuestiones del corazón. Aquí nos enteramos de que Reyes está enamorado de la que más tarde sería su esposa, doña Manuelita, y de la visita que Acevedo hace a Díaz Mirón en Veracruz,⁴ en compañía de Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo y el abogado José María Lozano.⁵

³ Las cartas publicadas en *Contemporáneos* pertenecen a los siguientes sitios de origen y fechas: México, 23 de febrero de 1908; México, 6 de mayo de 1908; México, 24 de febrero de 1909; París, 8 de abril de 1910; París, 12 de mayo de 1910; París, 29 de junio de 1910; Madrid, 2 de septiembre de 1914; Madrid, 21 de febrero de 1915, y Madrid, 20 de mayo de 1915.

⁴ Su visita fue para invitar a Díaz Mirón a participar como orador en la manifestación en desagravio de Barrera. En la correspondencia Alfonso Reyes-Henríquez Ureña existe una carta de este último comentando el mismo viaje a Veracruz.

⁵ José María Lozano, además de ser uno de los miembros fundadores del Ateneo, es quien invita a Acevedo a participar en el gobierno de Victoriano Huerta, cuando él desempeñaba el cargo de Secretario de Telecomunicaciones.

¹ Alfredo A. Roggiano da por sentado que sí construyó la Escuela Normal, mientras que Federico Mariscal dice que sólo se mal aprovecharon algunos de sus planos. Del Hemiciclo a Juárez sabemos con certeza que se construyó con base en el proyecto del arquitecto Guillermo de Heredia. Por su parte, Pedro Henríquez Ureña comenta con desencanto, en una carta a Reyes, que en la exposición de proyectos arquitectónicos del Hemiciclo a Juárez el trabajo de Acevedo lucía chato.

² Consúltense el núm. III de dicha revista, correspondiente al mes de marzo de 1929.

En la tercera carta (24 de febrero de 1909, con un sencillo membrete de "T. Acevedo, arquitecto"), Acevedo pregunta a Reyes su opinión acerca de la Otilia de Goethe, así como sobre sus hallazgos de Flaubert, al tiempo que le envía el texto de una conferencia —por cierto en *Contemporáneos* transcriben "confidencia"—, y se burla de Caso, en quien nota "síntomas inconfesos de casamiento", pues no se quita su *jaquet* para nada. Firma su carta como "Titus vencedor", lo que nos hace advertir a un Acevedo vigoroso y de talante optimista, carácter que tiempo más tarde estará ausente en sus cartas.

La cuarta carta, fechada en París el 8 de abril de 1910, está dirigida a "Caro Pedro" (ésta es la que no se encuentra en el archivo Reyes); en ella da cuenta de su estancia en París y de su paso por Nueva York. Comenta con entusiasmo los conciertos a los que ha asistido, lo mismo que sus visitas al teatro o al ballet, su encuentro con el general Reyes y su necesidad de hallar la mirada cómplice, entre las multitudes parisinas, de su amigo Pedro Henríquez Ureña durante la conferencia de M. Croiset sobre *La República de Platón*. Le pide que salude a Phocas, quien se ha negado a escribirle.⁶

En la siguiente (París, 12 de mayo de 1910), insiste en hablar de su fascinación por la música; opina de la "incomparable *Salomé* de Strauss" y de la frialdad del público francés al escucharla, así como la incapacidad de éste para entender al *Chantecler* del dramaturgo Edmond Rostand. Comenta en esta misiva su encuentro con el poeta y novelista Gabriele D'Annunzio,⁷ en el Louvre, y del "insignificante" aspecto de éste, al tiempo que ofrece a Henríquez Ureña un ejemplar de los dos que posee de la *Ética* de Spinoza. Otro de los libros a que hace referencia es la *Gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta, recién aparecido en París con traducción de un autor que se convertiría en moneda común de los ateneístas: Rémy de Gourmont. Esta carta nos hace pensar que, durante su estancia en París, la inclinación cultural de Acevedo se orientó hacia lo clásico, más que hacia las vanguardias de la época.

En la sexta (París, 29 de junio de 1910), también dirigida a Henríquez Ureña, escribe sobre la superioridad que, a su juicio, posee el pintor mexicano Juan Téllez respecto al

español Ignacio Zuloaga. Habla de su amistad con el peruano Francisco García Calderón⁸ y de la admiración que éste siente por Henríquez Ureña: "Es un gran admirador de usted; dice que no tiene noticia de otro joven que pudiera competir con usted en fuerza intelectual." Acevedo habla de su lectura de *La filosofía de la experiencia* de W. James y de su curiosidad por continuar leyendo a Henri Bergson, después de quedar maravillado con el estudio *Sur le rire*. Cabe recordar que el arquitecto fue aficionado a la literatura de lengua inglesa; instado por Henríquez Ureña, leyó a Shelley, Keats, Carlyle y Emerson.

Pasaron tres años para la siguiente carta (México 10 de diciembre de 1913) que Acevedo dirige a Alfonso Reyes. Está escrita a máquina y con el membrete de "Correspondencia particular del Director General de Correos", cargo que ocupó bajo el gobierno de Victoriano Huerta;⁹ en ella pretende disipar la preocupación de Reyes de ser destituido de su cargo como secretario de la Legación de México en Francia, al tiempo que le recuerda que uno debe aprender a vivir con "una pequeña ventana abierta a lo imprevisto"; al escribir estas palabras pareciera que Acevedo comenzara a sentir que no pisa suelo firme. La carta, aunque breve, es bastante emotiva; Acevedo hace un rápido recuento de las actividades de los amigos comunes (Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y Ezequiel Chávez Lavista) y se despide comentando que "el Ateneo, aunque disperso, obtiene frutos".

La carta del 17 de febrero de 1914 está escrita nuevamente en el papel oficial de Correos y es escueta; en ella promete a Reyes ayudar al pintor y también ateneísta Francisco de la Torre;¹⁰ menciona el afecto que siente por Diego Rivera —que en esa época también vive en París—, y sin decir agua va le dice a Reyes que es el "más generoso de todos, y el más inteligente" de los amigos. Siempre que pudo, Acevedo reconoció y mencionó al ensayista regio-

⁶ M. Phocas fue un seudónimo con el que escribió Pedro Henríquez Ureña varias crónicas teatrales, artísticas y musicales, pero al Phocas a quien se refiere Acevedo en esta carta es a Enrique (Phocas) Apolinar Henríquez, primo del ensayista.

⁷ Recuérdese que, en el segundo ciclo de conferencias (1908), Genaro Fernández MacGregor disertó sobre D'Annunzio.

⁸ Se refiere al autor de *Profesores del idealismo*, quien junto con Manuel Ugarte ocupaba un sitio importante dentro de las letras hispano-americanas y representaba el modelo del intelectual de la época. En esta misma carta Acevedo comenta que no ha encontrado el libro *Horas de estudio*, que García Calderón ayudó a publicar en París a Henríquez Ureña.

⁹ Existen indicios para creer que algunas de las actividades de Acevedo allí consistieron en el espionaje postal. Al respecto, Alfonso Reyes, en una carta a Pedro Henríquez Ureña y fechada el 25 de abril de 1914, escribía: "Le tengo un miedo terrible a los violadores que capitanea Acevedo", con motivo de las cartas que había enviado a Cuba al dominicano y que más tarde fueron remitidas a México.

¹⁰ Como se recordará, este artista participó en la exposición que organizó la revista *Savia Moderna*.

montano como su mejor amigo. Por su parte, en esa misma época, Reyes no compartía una opinión semejante sobre el arquitecto y escribía a Pedro Henríquez Ureña que “los amigos son mejor de lejos...” y, con un tono despectivo, decía: “Me acuerdo de las vulgaridades agresivas de Acevedo, de las inferiores emancipaciones de Torri, de las torpezas de Caso.”

La siguiente carta (Madrid, 23 de agosto de 1914) es la primera que marcará el exilio y decaimiento moral de Acevedo. La escribe recién llegado a Madrid; tiene un cheque en sus manos (seguramente el finiquito por su trabajo de Correos, aunque también existe la versión de que el dinero era para sufragar los gastos de la comisión por la cual iba a Europa) que no puede cobrar.¹¹ Para conseguirlo busca la ayuda de Reyes, en París; necesita comer y así se lo hace saber, advirtiéndole que le dará aún grandes molestias.

Seis días más tarde, el 29 de agosto del mismo año, Acevedo vuelve a la carga sobre su problema de cobrar el cheque; por consejo de Amado Nervo, le transcribe a Reyes la carta en francés del banco parisino donde se asientan los requisitos para poder hacer efectivo el dinero. Le pide a Reyes que le escriba; el arquitecto, por su parte, le confiesa cuánto le repugna la idea de escribir y no duda en decirle que se siente mal y apático. Con un gesto casi desolado, afirma que Madrid lo aburre, que todo le parece inerte. Su depresión es patente, su ánimo va en declive.

Dos días después (31 de agosto de 1914), Acevedo agradece de antemano a Reyes la ayuda que le dará para cobrar el multicitado cheque, que él no ha podido hacer efectivo en Madrid. Insiste en llamarlo “buen amigo” y advertimos en sus líneas un tono melancólico y de continua preocupación por cuestiones prácticas que le impiden comunicarse mejor y decirle algo más a su “Caro Alfonso”.

Para el 2 de septiembre de 1914, a pesar de la atmósfera de tensión por la inminente guerra, Acevedo ya se siente con ánimo de participar a su amigo que se había casado: “Yo vestía de soldado (tenía grado de coronel desde la ocupación de Vera-Cruz)”; le cuenta que Julio Torri lo abandonó, renunciando a su puesto de secretario en Correos —suponía que quizá aconsejado por Pedro Henríquez Ureña—. También le narra su pintoresco viaje en el trasatlántico hacia España, junto con sus no menos “curiosos” acompañantes de travesía. Acevedo le dice a Reyes que ve con tristeza la

merma del grupo de amigos ateneístas, ya que entonces es un hecho la desbandada. El investigador Fernando Curiel lo explica con claridad: “Reyes y Eduardo Colín en Europa. Vasconcelos, Fabela, Cravioto, Guzmán y Gómez Robelo en la revolución constitucionalista (respuesta al cuartelazo de Huerta) ... Pedro Henríquez Ureña, ensimismado, enfurruñado, en La Habana.” El arquitecto remata diciendo que ve su futuro incierto, que no se atreve a “formular planes de vida”, que no tiene propósitos. Su decaimiento y nostalgia por México comienzan a gestarse y todavía no tiene ni siquiera un mes en el exilio.

El 21 de febrero de 1915 escribe una de las cartas más extensas a Pedro Henríquez Ureña; se muestra mucho más entusiasta que en sus epístolas anteriores y habla de sus proyectos e incluso de su deseo de publicar en algún periódico de Santo Domingo algunas de las investigaciones que realiza en Madrid sobre los orígenes del arte colonial español.¹² Habla con molestia de la crítica de arte que está de moda y que consiste en emitir juicios contrarios a la estética que representa Velázquez, juicios que, por otro lado, no coinciden con las ideas de Acevedo, que encuentra en el pintor de la corte una “gran técnica [y] admirable su visión sobria y distinguida”. Una vez más el arquitecto ateneísta insiste en mostrar su simpatía por el trabajo de Diego Rivera. A partir de las líneas de Acevedo se puede concluir que realizó una laboriosa investigación sobre Ticiano, Rubens, Van Dyck y el Greco, y que hizo exhaustivas lecturas de historias del arte. Resulta paradójica la opinión de Henríquez Ureña al considerar algunas veces perezoso a Acevedo; éste en su carta parece querer demostrar lo contrario, y hábilmente hizo en ella gala de sus conocimientos. Otro punto curioso es que el arquitecto no se queja aquí de su vida madrileña, como lo hacía Reyes, con su amigo; por el contrario, dice a Henríquez Ureña que la vida en Madrid es muy agradable. La personalidad de Acevedo en esta carta es otra, la de un hombre satisfecho, adaptado a su nueva vida, lleno de proyectos y poseedor aún de un rico espíritu de líder cultural. Pero, ¿cuánto tiempo durará esto?

En su misiva del 20 de mayo de 1915, con membrete del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, Acevedo externa a Pedro Henríquez Ureña su dificultad para

¹¹ Una se pregunta: ¿cuál comisión?, si Acevedo ya había renunciado a Correos.

¹² Desconozco si llegaron a publicarse, pero imagino, ante la falta de información, que no lo hizo. Una nota que apareció en *Contemporáneos* junto con las cartas apunta a que ya no entregó nada a la imprenta, pero me he enterado recientemente de que divulgó dos artículos en *El Figaro* de La Habana.

escribir: “lo hago —dice— con lentitud y mucho esfuerzo. Y me llena de angustia imaginar que incurro en faltas que ignoro. Estoy estudiando gramática pero sé que eso no basta. También leo clásicos pero sé que tampoco eso basta”. Recurre, ahora sí, sin máscaras y con humildad, a Henríquez Ureña como a un maestro —dos años mayor que él—, y le pide como alumno respetuoso que corrija sin miramientos los ensayos que le ha enviado. Se despidió mostrando admiración por su amigo-maestro y afirma: “Cada día escribe usted mejor y yo lo envidio.” Cabe recordar que pedir ayuda a Henríquez Ureña para corregir algunos textos no era raro, pues el mismo Reyes lo hizo, ya que fue el dominicano, entre los miembros del Ateneo, el hombre que llevaba la batuta y supo influir y “guiar” en cuanto a lecturas y proyectos culturales a sus compañeros.

La última misiva que escribió Acevedo de la que tenemos constancia está dirigida a la familia Reyes y es una tarjeta postal fechada el 28 de febrero de 1916. En ella comunica por segunda vez, y en un tono lacónico, a sus “buenos amigos”, el nacimiento de su vástago. A partir de esa fecha la relación con Reyes se tornó más claramente distante y, como era de esperarse, no hubo más cartas. Fernando Curiel sugiere como posible causa del distanciamiento cierto resentimiento de Acevedo al ver que su amigo Alfonso sí se dedica al “estudio y la literatura”, mientras que el arquitecto no consigue sobreponerse al dolor del exilio y se siente derrotado.

En diciembre de 1918, Reyes preguntará a Torri: “¿Sabes de Acevedo, el ingrato?” Pero será Martín Luis Guzmán quien, por medio de un telegrama, informe a Reyes la noticia del deceso del arquitecto Acevedo: “Lo de Chucho fue horrible: Texas, verano, influenza, miseria, vicio, desencanto. Lolita está en El Paso. Torri vende ahora los libros de Chucho —con inventarios— y le manda a la viuda lo que produce.” Así acabaría la amistad. En uno de sus libros, Reyes escribiría: “Dedico estas páginas finales de *El cazador* a la memoria de Jesús Acevedo, que sonreía tan amablemente cuando lograba sorprender, como en una vislumbre, el alma confusa de sus amigos.”

Por medio de la correspondencia de Jesús Tito Acevedo, podemos percibir la imagen de dos hombres en uno mismo. Uno, el apocado, el débil de carácter, el hombre lleno de problemas que busca en Alfonso Reyes la palmadita del amigo en la espalda. Otro, el emprendedor, que trabaja, que es autosuficiente, que puede sobrevivir aun en el exilio, que ve en Henríquez Ureña a su editor, pero también al amigo, que si bien no le aconseja en cuestión de

amores, sí lo ayuda en su trabajo intelectual. Dos personalidades, un mismo hombre.

El estilo difiere de una carta a otra; Acevedo busca la palabra precisa en las cartas que dirige a Henríquez Ureña, mientras que a Reyes le escribe con más naturalidad; al primero le habla de usted, al segundo lo tutea. El arquitecto empleaba galicismos con cierta frecuencia, algo totalmente comprensible en una persona que se educó en México durante el porfiriato.

Poco se sabe de la vida de Acevedo. La correspondencia con Henríquez Ureña y Reyes nos da sólo unas pocas pistas más sobre su carácter y sus turbias actividades cuando fue director de Correos. Sabemos también que Acevedo no fue todo lo incondicional con Reyes como lo sugieren sus cartas. Sin duda, su biografía aún está pendiente y se hace necesaria por el importante papel que desempeñó en la conformación de uno de los grupos pilares de nuestra historia cultural: el Ateneo. ♦

Bibliografía

- Acevedo, Jesús T., *Disertaciones de un arquitecto*, prólogo de Federico Mariscal, Ediciones México Moderno, México, 1920, 113 pp.
- “Diez cartas de Jesús Acevedo”, en *Contemporáneos. Revista Literaria Mexicana Moderna*, t. III, núm. 10, marzo de 1929, FCE, México, 1981, pp. 221-238.
- Curiel, Fernando, *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, UNAM, México, 1991.
- , *El acto textual*, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1994, 301 pp.
- Henríquez Ureña de Hlito, Sonia, *Pedro Henríquez Ureña, apuntes para una biografía*, Siglo XXI, México, 162 pp.
- Reyes, Alfonso, “Notas sobre Jesús Acevedo”, en *Obras completas*, t. IV, FCE, México, 1980, pp. 444-448.
- y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I. 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, FCE, México, 1986.
- Reyes, Alicia, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1976, 335 pp.
- Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 302 pp.
- Rojas Garcidueñas, José, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, INEHRM, México, 1979, pp. 156.
- Savia Moderna/Nosotros*; *Revista Literaria Mexicana Moderna*, FCE, México, 1980.